

Trastienda del Paseo

AUNQUE Alcázar estaba lo suficientemente lejos de la Corte para no resultar un arrabal suyo, el Paseo fué creación ferroviaria y tuvo desde el principio un cierto aspecto de barrio chino en pequeño, zona de fricción o choque entre la vida lugareña y el tráfico de la Estación, que vertía y recogía a cada momento oleadas de elementos extraños.

Del lado del pueblo, se destacaron hacia arriba algunas personas que encarnaban la socarronería nativa, como Alejandro «El Siro», Gabriel Mata, Pedro Advíncula, la Benigna de Crispín, la Gabina del Civil, Juan «Marica», Facó Rincón y otros más o menos inclinados al trueque y al menudeo, cuyas vidas fueron modelo de austeridad y economía, por no decir miseria, llevada con el mayor regocijo y broma permanente de unos con otros y que fueron los que forjaron el Paseo y le dieron carácter.

La mujer de Domingo, representó en el Paseo el espíritu femenino en su aspecto casero de lo más agarrado que se haya visto. Por eso hizo las cuatro casas llamadas de la Benigna.

Usaba calcetas en lugar de medias, para que no se rompieran de los pies, aprovechadas hasta el punto de llevar una de cada color y los refajos ribeteados a trozos, con cintas diferentes. Nada de esto era visible, porque lo cubrían de sobra las sayas con que iba barriendo el Paseo, pero se sabía y cuando llegaba a casa de la Isidra, los desocupados que estaban al sol, mandaban a la chica que le alzara las faldas para verle los remiendos. Tostaba los huesos de las chuletas y los echaba al puchero del café, para darle color al agua. A los migueletes les compraba una perrilla de acelgas y si no se la querían dar, insistía pidiendo los troncos que nadie aceptaría.

Cuando Gabriel iba a por dos reales de escabeche a casa de la «Sira», le decía que apartara las raspas, para cuando fuera la Benigna a hacer un barato y, en efecto, ésta se llevaba lo menudo y la lata para escurrirla, devolviéndola después.

«El Siro» vendía en su tabernilla pájaros fritos a cuatro pernilas y se comía las cabezas. Al comprador que reclamada, le decía que se le habrían caído al freírlos. No quería remolones en la tienda y si alguno se hacía ei sosca le decía: «que saco el código». El código de Alejandro, citado a cada paso, era un garrote fenomenal que tenía detrás de la cortina.

En todas las tabernas había un jarro donde escurrían los vasos después de beber los parroquianos. A este vino le llamaban «cortinas», con las que los buenos aficionados se cubrían a poca costa. «Cayuela» limpiaba el jarro del «Siro» y «a escupir a la calle». Otros muchos, de los que liquidaban el día diez, (día de paga tradicional en la Estación), vaciaban a diario la olla de Pedro Advíncula. Pedro y la Sebastiana no tenían hijos, tenían cuartejos y un pica pica permanente, celosos el uno del otro.

—¿Cómo has tardado tanto? ¿Dónde andas?

—He ido a que me corte unos pantalones Miguel y he tenido que esperar porque no tenía tiza.

Miguel extendía la pana en el suelo. Pedro se echaba encima y el maestro señalaba con el yeso su contorno en la pana, mientras Pedro le advertía modosamente: «Córtamelos anchos, hombre, que luego regaña la Sebastiana».

—Espérate, hombre y abre las piernas, que te voy a pinchar con las tijeras.

—Pero ¿te vas otra vez?

—Sí, mujer, es que voy con Gabriel, que le van a cortar otros pantalones.

A Gabriel le vestía Isidro, que tenía «numeración» (cinta métrica) y no tendía al parroquiano en el suelo, pero con la *numeración en el cuello* y la tela en el brazo, se iba el día sin sentir, recorriendo sotanillos.

Juan «Marica» pasaba por las mañanas con las manos en los bolsillos y le decían:

—Juan, ¿qué vas a almorzar hoy?

—Una peseta de lengua para las *averiguadoras*.

Después llamaba a las torteras y hacía un ajuste de las atrasadas y duras, guardándolas para varios días. Al pagarlas estaba tres horas para sacar el dinero de los pantalones y José Ma-